

me la vida, pues me has quitado la honra.

–Eso no haré yo, por cierto –dijo el de la Blanca Luna–: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso; que sólo me contento con que el gran don Quijote se retire a su lugar un año, o hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla. (II, 65)

La última vez que don Quijote nombra a Dulcinea es durante la conversación que mantiene con el cura y Sansón Carrasco al regresar a su aldea y a propósito de hacerse pastor durante el obligado año de reclusión:

– [...] puesto que yo estoy libre de buscar nom-

bre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires, y, finalmente, sujeto sobre quien asentar bien toda alabanza, por hipóbole que sea. (II, 73)

A partir de ese momento son los otros personajes quienes la traen a colación, sobre todo para intentar levantar el ánimo del abatido caballero. Pero ya es inútil, porque don Alonso Quijano el Bueno ha recuperado el juicio y, como él mismo dice, “Señores, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño” (II, 74). Que, en mi opinión, es la más oportuna cita para concluir este estudio. ■

LA PRESENCIA DE TOLEDO EN EL QUIJOTE

JUAN ESTANISLAO LÓPEZ GÓMEZ, COLEGIO DE INFANTES, TOLEDO

RESUMEN: Contaba Cervantes con seis años de edad cuando por vez primera llegaba a Toledo. Con esta venida iniciaba una larga serie de estancias, algunas de ellas muy prolongadas, lo que le permitirán conocer en profundidad el heterogéneo estamento social y gremial de esta populosa ciudad que alojaba a más de sesenta mil habitantes. El variopinto colectivo toledano será recogido por Cervantes en gran parte de su corpus literario y de manera muy especial en *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha*, donde plasmará sus barrios y plazas así como los personajes que daban vida a esta corte de la iglesia española y capital del Imperio hasta 1561, como queda patente en el presente trabajo. **Palabras clave:** Cervantes, Toledo, don Quijote, Sancho Panza, aventura.

ABSTRACT: Cervantes was six years old when he first arrived in Toledo. With this initial visit, he began a series of long stays, some of them for extended periods of time, that allowed him to know profoundly the heterogeneous social and guild stage of this populous city with more than 60,000 inhabitants at that time. Cervantes reflected the diversity of Toledo in a large part of his literary corpus, and especially in *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha*, where he captured its neighbourhoods and squares, as well as the characters who gave life to the Spanish Church Court and the Capital of the Empire until 1561, as it is well proven in this paper. **Keywords:** Cervantes, Toledo, Don Quijote, Sancho Panza, adventure.

Desde la más temprana infancia de Miguel de Cervantes, en su ambiente cotidiano, familiar y vecinal, el nombre de Toledo no fue algo extraño ni desconocido.

Por todos era sabido en su ciudad natal que los permisos y licencias eclesiásticas dependían de Toledo; en los oficios religiosos se pedía por el arzobispo de Toledo; tampoco era inusual ver pasar a los primados toledanos por las calles alcaínas o presidir las liturgias de la colegial pues desde el siglo V, Alcalá de Henares será lugar designado como ciudad episcopal donde residir los

arzobispos y allí, por lo general, acabar sus días.

Estos vínculos entre ambas ciudades harán que el trasiego de personas entre una y otra sea constante. No solo por cuestiones religiosas sino también políticas pues el poder de los primados toledanos se extendía significativamente al plano político, lo que hará necesaria la presencia de nobles toledanos en la ciudad del Henares. Recordemos que los arzobispos toledanos eran señores de Alcalá, señorío que fue confirmado el 25 de junio de 1369 y que su intervención en el célebre Ordenamiento de Alcalá (1348) fue decisiva.

Desde el siglo V, Alcalá de Henares quedará vinculada a la diócesis de Toledo, erigiendo allí los arzobispos su espléndido palacio residencial por lo que no es de extrañar que allí se celebraran importantes sínodos diocesanos como los de los años 1330, 1333, 1351 o 1497, por citar algunos ejemplos. Y aunque bien es verdad que Cervantes en sus años de niñez tuvo conocimientos mínimos de estos vínculos, pues a los cinco años marchó con sus padres a Valladolid buscando el favor de la corte pero los destinos de su vida le harán residir, a veces largas temporadas, en la Cívitas Regia Toletana, como se desprende del pasaje cuando en el Alcaná de Toledo encontró los papeles que contenían la historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha pues al retirarse de la tienda para que Cide Hamete Benengeli le tradujera los textos, le dice: *“le truje a mi casa”*, indicando con ello que estaba viviendo en Toledo.

Cuando contaba con la edad de seis años, 1553, vino por vez primera a Toledo. Su cargo como comisario real de abastos en Andalucía será uno de los motivos por los que Cervantes visite Toledo al encontrarse ésta en el Camino Real de Andalucía, registrándose su presencia en la ciudad castellana en los años 1564, 1568, 1587, 1600, 1601, 1606 y posiblemente algún año más. La otra razón de su vínculo con la ciudad del Tajo es su boda, el 12 de diciembre de 1584, con Catalina de Salazar y Palacios, en Esquivias, viniendo a visitar a la familia de su mujer y a resolver las cuestiones de las propiedades familiares pues él era el administrador de los bienes de D^a. Catalina, entre los que se encontraba una casa en la plaza de los Tintes.

Cervantes, como hombre de mundo, en sus estancias toledanas frecuentó todos los ambientes y conoció a todos los personajes que configuraban el entramado social de una ciudad que era la corte de la iglesia española y la capital del imperio hasta 1561: nobles y mercaderes, remendones y canónigos, damas y sederos, conversos y cuadrilleros, facinerosos y mesoneras, armeros y moriscos, hidalgos y cicateruelos...

Miguel de Cervantes tendrá en Toledo vivencias vecinales y familiares que, unidas al vario-

pinto grupo social de sus moradores no tendrá por menos que citar a Toledo en su inmortal obra, bien aludiendo a sus calles, plazas y edificios como las Ventillas, el Alcaná, las Tendillas, Zocodover, las Tenerías, el Palacio de Galiana y el Hospital del Nuncio; a grupos sociales como canónigos o cuadrilleros de la Santa Hermandad; a personajes históricos como La Cava; sin olvidarse de los oficios gremiales que tanta fama dieron a la ciudad como los espaderos, mercaderes de seda, los boticarios o la industria pañera. Una ciudad que será para Cervantes *“Peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades”*.

Una excepción la encontramos con el toledano Garcilaso de la Vega, presente a lo largo de toda la obra, no porque sea citado en varios pasajes como cuando dice *“Traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camoens”* (II, LVIII,) o en *“-Por cierto- replicó don Quijote-, que vuestra merced tiene estremada voz; pero lo que cantó no me parece que fue muy a propósito; porque ¿qué tiene que ver las estancias de Garcilaso con la muerte desta señora?”* (II, LXX), sino por la poética prosificación que Cervantes hace de sus versos.

La trascendencia, importancia y universalidad de Garcilaso de la Vega, hacen que su figura no quede ceñida ni circunscrita a la ciudad del Tajo, por lo que Cervantes cuando trae a sus páginas al “príncipe de los poetas” no lo hace como evocación o memoria de Toledo, como ocurre con el canónigo o los mercaderes, sino como pleitesía y reverencia a su obra.

VENTILLAS

La primera vez que en *El Quijote* se cita a Toledo, es en el pasaje donde El Ingenioso Hidalgo es armado caballero (I, III), cuando el socarrón ventero, advirtiendo la falta de juicio de su huésped, afirmó que en sus años de juventud, buscando aventuras pasó por *“los Pecheles de Málaga, Islas de Riazán, compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, rondilla de Granada, playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo y otras diversas partes donde había ejercitado la ligereza de sus pies, sutileza de*

sus manos, haciendo muchos tuertos, secuestrando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando algunos pupilos”.

En esta enumeración de lugares, en la que se encuentra las Ventillas de Toledo, Cervantes recoge los barrios, zonas y sitios famosos en toda España por la concurrencia de pícaros y maleantes, por lo que los hechos atribuidos por el ventero son todos deshonestos y delictivos.

Estas ventas o ventillas toledanas eran el lugar de reunión de vagabundos y pendencieros donde, según *El rufián dichoso*, se jugaba a las cartas, se bebía y la violencia era frecuente entre sus clientes. A finales del siglo XVI y principios de la centuria siguiente había en Toledo cincuenta y dos ventas.

En estos lugares será donde se nos dice en *La ilustre fregona* que Diego de Carriazo aprendió a jugar “al rentoy en las Ventillas de Toledo”.

LAS TENDILLAS

Cervantes, buen conocedor de la ciudad de Toledo, en el mismo capítulo III, cuando don Quijote está armado caballero, hace referencia a uno de los lugares más populosos y concurridos de la ciudad como son las Tendillas de Sancho Bienaya o Minaya.

Con el nombre de tendillas se conocía al grupo de pequeños locales comerciales que se agrupaban en la confluencia de varias calles. Las tendillas de Sancho Minaya, citadas por Cervantes cuando don Quijote preguntó a la señora que le ciñó la espada. “Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante a quien quedaba obligado por la merced recibida... Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa y que era hija de un remendón natural de Toledo, que vivía a las tendillas de Sancho Bienaya, y que donde quiera que ella estuviese le serviría y le tendría por señor” (I, III).

Este personaje (Sancho Bienaya), vecino de Toledo, ya lo encontramos citado en el año 1191, cuando su hija Leocadia, monja profesa de San Clemente, cede al convento las posesiones donadas por su padre y en 1571 se le cita tanto como Sancho Bienaya como Minaya.

MERCADERES TOLEDANOS

Desde época musulmana las industrias de la seda y de la lana serán para Toledo fuentes importantísimas de riqueza, pero habrá que esperar hasta el siglo XVI para que el arte de la seda alcance su mayor esplendor, extendiéndose su fama fuera de España, llegando a la ciudad grandísimas cantidades de seda en rama procedentes de todos los puntos del reino pero principalmente de Murcia.

Los mercaderes que comerciaban transportando tanto la seda en rama como el producto manufacturado constituían un numeroso e importante grupo social, formado en su mayoría por judeo-conversos; mercaderes como los que don Quijote se encontró cuando salió de la venta “Y habiendo andado como dos millas, descubrió Don Quijote un grande tropel de gente, que, como después se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia. Eran seis y venían con sus quitasoles, con otros cuatro criados a caballo y tres mozos de mulas a pie” (I, IV), a los que ordenó detenerse y que afirmasen que Dulcinea del Toboso era la doncella más hermosa que la emperatriz de La Mancha y éstos al percatarse de la locura del caballero “uno de ellos que era un poco burlón y muy mucho discreto le dijo” que mostrase un retrato de la dama en cuestión a “todos estos príncipes que aquí estamos” por lo que arremetió con la lanza y cayendo al suelo “Un mozo de mulas de los que allí venían, que no debía ser muy bien intencionado, le dio una paliza. Cansose el mozo y los mercaderes siguieron su camino”. Un camino concurrido por los mercaderes y que era conocido como Camino de la Seda, que transcurría de Toledo a Murcia y tenía una distancia de 59 leguas.

EL ALCANÁ

Una práctica recurrente en los libros de caballería era fingir que aparecieran en un lugar inesperado, escritos en una lengua que por algún encantamiento estaba en latín, griego, árabe o caldeo por lo que se precisaba de un intérprete o trujamán para su comprensión. Cervantes, siguiendo esa práctica del género novelesco caba-

llesco hará aparecer inesperadamente su don Quijote en una sedería del Alcaná de Toledo. “Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado de mi natural inclinación, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía, y vile con caracteres que conocía ser arábigos” (I, IX).

El Alcaná, nombre que procede, según Torres Balbás, de “aljanat”, tienda, era posiblemente el centro comercial y mercantil más importante de la ciudad, donde vivían judíos, mozárabes, moriscos, e incluso racioneros de la catedral; por eso dice Cervantes “Y puesto que los conocía – recordemos que estuvo cinco años preso en Argel-no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese, y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua, le hallara”(I, IX,). Esta última alusión está referida a algún judío pues en la barriada estaba la sinagoga del Sofer.

Al comenzar a leer los papeles “Con esta imaginación, le di prisa que leyese el principio y, haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía: Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo”, al que en el capítulo II de la segunda parte, por boca de Sancho le llamará Cide Hamete Berenjena.

Para sellar el trato con el morisco aljamiado “aparteme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor”. Y Cervantes no tuvo que alejarse mucho de la tienda para proponerle al trujamán que “me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de don Quijote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada”.

SANTA HERMANDAD DE TOLEDO

Una nueva mención a Toledo se encuentra en el cómico pasaje que sucedió en la venta que D. Quijote creyó ser castillo, cuando en la oscuridad de la noche el arriero dio con la cama en el suelo y Maritornes, para refugiarse de la paliza del ventero, se metió en la cama con Sancho

Panza quien, sintiendo el bulto sobre sí, se lio a puñetazos con la moza, enzarzándose una pelea de tal forma y a oscuras que “daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza y todos menudeaban con tanta prisa que no se daban punto de reposo” (I, XVI), y sigue el pasaje diciendo que “Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad Vieja de Toledo, el cual, oyendo ansimesmo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos y entró ascuras en el aposento”.

La Santa Hermandad además de apresar a los delincuentes, los juzgaba y los encarcelaba en el edificio que los Reyes Católicos levantaron en Toledo, al que se accedía por una fachada donde campean el yugo y las flechas, timbradas por el escudo de Isabel y Fernando con el águila de san Juan. Bajo la ventana central, otro escudo, de los Austrias, está custodiado a ambos lados por dos cuadrilleros con sendas ballestas. “Y más los de la procesión (de disciplinantes) que los vieron venir corriendo y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algún mal suceso” (I, LII). En su interior, además de otras dependencias, se encontraba en el piso alto el salón del Tribunal donde se celebraban los juicios sumarísimos y en los sótanos, la pequeña capilla y los calabozos.

Este edificio se levantó próximo al Mesón de la Fruta, lugar al que acudiría alguna que otra vez Cervantes durante sus estancias en Toledo pues por las mañanas era el lugar donde los hortelanos vendían sus productos pero por las tardes servía de corral de comedias “haciendo representaciones teatrales cuantas farándulas y compañías llegaban a Toledo”, y que en 1604 Jorge Manuel Theotocópuli hizo una reforma para convertirlo en auténtico corral de comedias pero un incendio cortó su exigua vida.

Las referencias de los cuadrilleros de la Santa Hermandad no terminarán aquí, su presencia y protagonismo en el libro seguirán en los capítulos XLVI, XLII, LI y LII de la primera parte y en el capítulo IV de la segunda parte.

ZOCOVOVER Y LAS TENERÍAS

El mercado de las bestias, que eso es lo que significa Zocodover, será durante siglos el corazón que con sus sístoles y diástoles bombeará la vida a esta urbe donde pululan todos los estamentos sociales atisbados por rufianes de la más variada especialidad, como se recoge en *La ilustre fregona* cuando hablando de Carriazo, al referirse a los galopines nos dice Cervantes: “*Oh pícaros de cocina, sucios, gordos y lucios, pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover*”.

Dos veces aparece citada la plaza de Zocodover en *El Quijote*, la primera en el capítulo XXII de la primera parte, donde se trata “De la libertad que dio don Quijote a muchos desdichados que, mal de su agrado, los llevaban donde no quisieran ir”. Cuando don Quijote se dirige al tercer condenado a galeras éste le respondió al ofrecimiento de los veinte ducados “*Dígolo, porque si a su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover, de Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo*”. Lo que nos hace pensar que este tercer galeote podría ser toledano o como muchos rufianes, añoraba el mejor lugar donde desarrolló sus actividades poco honradas o ambas cosas a la vez.

Era idea generalizada a finales del siglo XVI y principios del siguiente que en Toledo se hablaba el castellano más perfecto, opinión que será recogida en el capítulo XIX de la segunda parte “Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos” y allí se hace decir a Sancho que “*no hay para que obligar al sayagués a que hable como el toledano, y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto de hablar polido*”, contraponiendo el lenguaje del campesino de Sayago (Zamora), frente al correcto hablar de los toledanos, aunque no todos responden con agudeza y prontitud ya que como añade el licenciado que interviene en la conversación “*Así es; porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las Tenerías y Zocodover como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la Iglesia*

Mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro, está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda”.

En esta nueva cita que se menciona Zocodover lo hace asociado a las Tenerías, un barrio habitado por curtidores y molineros, junto al río Tajo por la abundancia de agua que precisaba la industria del curtido y alejado del centro de la ciudad por los malos olores que desprendían el tratamiento de las pieles y que Cervantes conocía muy bien pues próximo a esta barriada, en la plaza de los Tintes –famosa desde el siglo XIII por el teñido de los paños- su mujer Catalina de Salazar y Palacios tenía una casa.

Y ambas barriadas habitadas por personas humildes y de una condición social ínfima, por lo que su lenguaje no era ni parecido al que se empleaba en el claustro de la catedral, a donde no sólo acudían los canónigos y racioneros de la primada, todos ellos hombres letrados y con dominio del latín, sino que el claustro alto o clavería, durante los siglos XVI, XVII y XVIII fue utilizado por la nobleza toledana como auténtica plaza pública, sobre todo en los días donde las inclemencias del tiempo hacían más incómodo pasear al aire libre. Siendo estos “discretos cortesanos”, según el licenciado, los que estaban en posesión del “*lenguaje puro, el propio, el elegante y claro*” y no el resto de toledanos.

LA CAVA

En la novela de cautivos insertada en los capítulos del XXXIX al XLI de la primera parte, cuando menciona a la Cava, nos está evocando a Toledo sin nombrarlo pues el lugar donde se desarrollan los sucesos eran tan conocidos por todos que, al nombrar La Cava, inmediatamente nos sugiere Toledo ya que la misma popularidad alcanzó el hecho en sí como la Cueva de Hércules y los Palacios encantados toledanos donde acaecieron los legendarios acontecimientos.

Tales fueron los impactos que causaron las consecuencias del ultraje de don Rodrigo que Cervantes lo compara con la pérdida de Troya en los siguientes términos: “*su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido*

Troya por Elena y España por la Cava” (II, XXXII). Leyenda que se ha mantenido hasta hoy día en cantares de gesta, romances, novelas, cantares populares, teatro y poesía, siendo la leyenda de don Rodrigo la más antigua leyenda heroica netamente española.

Una leyenda que, según sus narradores, no tendrá a un único culpable, como recogen los versos del *Romancero General*.

En las múltiples obras escritas por letrados y cantadas por el pueblo se culpabilizará de la pérdida de España a D. Rodrigo, a Vitiza, a D. Julián o a Florinda, nombre con el que se llamará a partir del siglo XVII a la Cava; denominación totalmente peyorativa pues significa “mala mujer”, como así lo recoge Cervantes cuando los cautivos, huyendo, dieron con una cala al lado de un promontorio que por “*los moros es llamado la Cava Rumia, que en nuestra lengua quiere decir la mala mujer cristiana; y es tradición entre los moros que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdió España, porque cava en su lengua quiere decir mujer mala y rumia, cristiana*”(I, XLI).

Y que si en algunas leyendas la Cava fue la malvada causante de tan gran pérdida y para otros una víctima, para los personajes de *El Quijote* “*para nosotros no fue abrigo de mala mujer, sino puerto seguro de nuestro remedio, según andaba alterada la mar*”.

CANÓNIGO DE TOLEDO

En torno a los preladados toledanos pululará una numerosísima curia y un cabildo catedralicio que en tiempos de Cervantes contaba con seiscientos oficiales y sirvientes. El culto de la catedral primara era atendido por cuatrocientos cuarenta y cuatro sacerdotes entre canónigos, racioneros, capellanes, salmistas, maitinantes y canónigos extramerantes a los que había que sumar ciento cincuenta operarios que servían y vivían en la catedral y todos ellos dirigidos por un deán y doce dignidades entresacadas de los cuarenta canónigos procedentes de las familias más ricas y poderosas de Castilla.

El renombre y la popularidad de los canónigos toledanos serán los motivos por los que

Cervantes, buen conocedor del estamento social toledano, incluya al canónigo toledano, haciéndole coincidir con don Quijote cuando éste iba enjaulado de regreso a su casa escoltado por sus amigos el cura y el barbero y los cuadrilleros “*y uno de los que venían, que, en resolución, era canónigo de Toledo y señor de los demás que le acompañaban*” (I, XLVII). Este personaje culto, gran conocedor de los libros de caballería y rico, pues a su servicio iban “*seis o siete hombres de a caballo, bien puestos y aderezados*” será citado en más de veinte ocasiones en los capítulos XLVII, XLVIII, II, L y LII de la primera parte.

INDUSTRIA PAÑERA TOLEDANA

Apenas iniciado el primer capítulo de la segunda parte, Cervantes trae al lector la imagen de Toledo por medio de uno de los oficios gremiales más productivos de la ciudad como era el arte de la lana y su industria textil. Cuando, transcurrido un mes de su vuelta a casa, el cura y el barbero fueron a visitar a don Quijote se nos dice que “*Visitáronle, en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde, con un bonete colorado toledano; y estaba tan seco y amojamado, que no parecía sino hecho de carnemomia*”.

Desde el siglo XV, Toledo era uno de los centros textiles más importantes del centro peninsular. Con el discurrir de los años sus tejidos irán creciendo en cantidad y calidad, propiciado por su ubicación en las rutas de los rebaños trashumantes, lo que favorecerá el abastecimiento de la materia prima, como por la gran demanda de paños, bocací, cernadero, límiste, sarga, cendal o cordellate para los hogares de ricos y pobres y la confección de sinabafas, anjeos tundidos, lobs, almalafas, gregüescos, albanegas de fustán, mucetas, borceguíes, herreruelos, escarpines, tocas, saboyanas, gabanes, monteras, jubones o verdugados como el demandado por Teresa Panza al señor cura pidiéndole “*eche cate por ahí si hay alguien que vaya a Madrid o a Toledo, para que me compre un verdugado redondo, hecho derecho y sea al uso y de los mejores que hubiere*” (II, L); prendas requeridas por los más de sesenta mil habitantes que en el siglo XVI vivían dentro de las murallas,

lo que la convertía en la ciudad más populosa de España después de Sevilla.

Teniendo en cuenta el interés que la corona siempre mostró por la exportación de la lana en vellón a otros países, por los pingües y rápidos beneficios que ello aportaba, además de los oficios citados, en Toledo había que añadir las empresas que desde la ciudad comerciaban con el resto de países europeos, destacando los exportadores genoveses Francisco Doria, los hermanos Esteban y Agustín Imperial, los Fornari y los Justiniano y los milaneses Jusepe y Lorenzo Cernísculo y Daniel Quarteroni, siendo el principal escribano de estos exportadores el escribano del número Juan Sánchez de Canales.

GREMIO DE ESPADEROS

Una mención a Toledo, que pasa casi desapercibida, la encontramos en el capítulo XVII de la segunda parte, cuando en el pasaje de los leones leemos *“Tú a pie, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada, y no de las del perrillo cortadoras, con un escudo no de muy luciente y limpio acero”*. Una alusión al maestro espadero Julián del Rey, de origen granadino y afincado en Toledo por tener esta ciudad una gran tradición espadera desde época romana.

En los años en los que Cervantes escribía su magna obra, el número de espaderos que trabajaban en Toledo se elevaba a noventa y nueve y su fama se extendía más allá de las fronteras.

La inmensa mayoría de las veces se grababa la inicial del nombre o del apellido como la D, del espadero Domingo Maestro o la S del maestro Alonso de Sahagún. Otros utilizaban como anagrama el nombre de la localidad, como ocurre con la saga de los Hortuño que se identificaban con la TO, de Toledo. En otras ocasiones grababan en su marca el apodo con el que eran conocidos como Domingo Sánchez apodado el “Tijerero”, quien usará unas tijeras; o una campana y tres estrellas utilizadas por el maestro Cacaldo y su compañero apodado el “Campanero”. Pero habrá situaciones en las que el prestigio que indicaba el símbolo de la espada dará el apodo al maestro espadero como fue el caso de Julián del Rey,

conocido como “El Moro de Toledo”, así llamado por ser converso de origen musulmán o “El Maestro Perrillo” por usar como marca un perro apoyado en las patas traseras a modo de rampante, siendo sinónimo de calidad *“las espadas del perrillo cortadoras”*, aunque no fuera ésta la única marca que “El Maestro del Perrillo” utilizara en sus obras y que perpetuaría su hijo.

PALACIO DE GALIANA

Desde época musulmana existen en Toledo dos palacios con el nombre de Galiana. Uno, intramuros de la ciudad, fue la residencia y fortaleza real hasta el siglo XVI y el segundo, al que se refiere el capítulo LV de la segunda parte de *El Quijote*, en la vega alta del Tajo, en el paraje conocido como Huerta del Rey.

Lo que sin lugar a dudas destacaba en la Huerta del Rey eran los Palacios de Galiana, tanto por sus exuberantes jardines como por la bella construcción palaciega y que Cervantes lo refiere cuando Sancho Panza, en la oscuridad de la noche, cae en una sima y al intentar salir de ella por una pequeña gruta, contrapone la oscuridad y prisión en la que se halla con la luz y libertad que buscaba en los siguientes términos: *“El (refiriéndose a don Quijote) sí que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y por palacios de Galiana, y esperara salir de esta oscuridad y estrechez a algún florido prado”*.

El referido palacio de Galiana será así llamado por la legendaria princesa que se casó con Carlomagno aunque otros se inclinan por ser este palacio el punto de partida del camino que tomaron las hijas del rey visigodo Atanagildo para ir a desposarse a la Galia.

BOTICARIO TOLEDANO

Siendo imprescindible que todo caballero andante llevara, según el ventero, un botiquín de campaña con *“camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recibían”*, bien portada por el caballero *“en unas alforjas muy sutiles que casi no se parecían”* o por su escudero, proveído *“de dineros y de otras cosas ne-*

cesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse” (I, III); no podía faltar en la obra la figura de un boticario a quien se le citará en cuatro ocasiones.

En la aventura que don Quijote y Sancho Panza tienen con el duque y la duquesa se ve intercalada por el breve capítulo XXXVII (parte II) donde se arremete contra las dueñas, tomando como excusa a un boticario toledano a quien alude Sancho Panza. Viendo éste peligrar su gobierno en la ínsula interviene diciendo “No querría yo que esta señora dueña pusiese algún tropiezo a la promesa de mi gobierno; porque yo he oído decir a un boticario toledano que hablaba como un silguero que donde intervienen dueñas no podía suceder cosa buena” (II, XXXVII). Idea que se repetirá más adelante cuando la duquesa, dirigiéndose a Sancho le dice: “mucho os vais tras la opinión del boticario toledano” (II, XL).

La idea de asociar las dueñas con un boticario será, posiblemente, porque la principal clientela de una botica era eminentemente femenina y en segundo lugar porque “Todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler... todas las dueñas tienen de ser chismosas” (II, L). Eran tenidas por habladoras, chismosas e “impertinentes” como ocurrirá con algunos boticarios o “seudoboticarios” que eran ambulantes y eran considerados charlatanes “que con embelecios y mentiras engañan a los simples para vender sus ungüentos, aceites, yerbas, piedras y otras cosas que traen” (II, XXXI).

Las pequeñas poblaciones no disponían de farmacia y “en aquel contorno había dos lugares, el uno tan pequeño, que ni tenía botica ni barbero” (I, XXI), mientras que las grandes urbes disponían de varias boticas. El que Cervantes eligiera a un

boticario toledano no creo que fuese por el número de apotecas que hubiera en la ciudad sino porque en alguna de sus estancias en Toledo quedara impresionado al ver las magníficas boticas de los hospitales de Santa Cruz y de Afuera o de San Juan Bautista, repletas de artísticas alacenas y albarelos de cerámica con los más variados productos para hacer ungüentos, bálsamos, mejurjes, redomas, pomadas y emplastos.

HOSPITAL DEL NUNCIO

Para encontrar la última alusión a Toledo tenemos que acudir al capítulo LXXII de la segunda parte, cuando se hace referencia al hospital de dementes, más conocido como Hospital del Nuncio, por ser éste el título que ostentaba su fundador el canónigo de Toledo D. Francisco Ortiz.

Cervantes, por boca de don Álvaro de Tarfe se refiere a este nosocomio diciendo: “pero no sé que me diga que os haré yo jurar que le dejo metido en la Casa del Nuncio de Toledo, para que le curen y agora remanece aquí otro Don Quijote aunque bien diferente del mío”.

Este hospital será citado, además de en *El Quijote* de Cervantes, en el de Avellaneda cuando dice: “con orden de que le curen con cuidado en la Casa del Nuncio, hospital consignado para los que enferman del juicio cual él”.

Cervantes, además de citar el hospital del Nuncio en *El Quijote*, lo vuelve a mencionar en la novela ejemplar *La ilustre fregona*: “Pues errado habéis la casa. Que no es la del Nuncio; éste, sí es loco, allá le llevarán. No hay jaulas sino aposentos en mi casa”. ■

BIBLIOGRAFÍA

- ◆ ALCOCER, Pedro (1554): *Historia o descripción de la Imperial ciudad de Toledo*, Toledo, ed. facsímil, IPIET, Toledo, 1973.
- ◆ CALVO, Mariano: “El “capítulo toledano” del Quijote”, ABC Toledo, 30-4-2014.
- ◆ CALVO, Mariano: “Zocodover, plaza de la literatura”, ABC Toledo, 25-6-2010.
- ◆ CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de (1605): *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de La Mancha*, ed. Planeta, Barcelona, 1990, 2 vol.
- ◆ CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de : *Novelas Ejemplares*, Círculo de Amigos de la Historia, ed. de Crémille, Genève

- ◆ ESTEVA DE SAGRERA, Juan: “La farmacia en tiempos del Quijote”, Colegio Oficial de Farmacia de Ciudad Real, Jornada “La farmacia en tiempos del Quijote”, Ciudad Real, 13 de diciembre de 2005.
- ◆ LÓPEZ GÓMEZ, Juan Estanislao (2013): *El Corpus. Fiesta grande de Toledo*, ed. Covarrubias, Toledo.
- ◆ MAGÁN GARCÍA, J. y SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Ramón (1993): *Moriscos granadinos en la Sagra de Toledo*, ed. Caja Castilla-La Mancha, Toledo.
- ◆ PARRO, Sixto Ramón (1857): *Toledo en la mano*, ed. facsímil, IPIET, Toledo, 1978.

- ◆ PEDRAZA RUIZ, Esperanza (1981): "Espaderos toledanos", revista Toletum, segunda época, número 11, Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, Toledo.
- ◆ PORRES MARTÍN-CLETO, Julio (1982): *Historia de las calles de Toledo*, ed. Zocodover, Toledo.
- ◆ ROCA "COCKEY", J.M.: "Espadas del Perrillo", Asociación Española de Esgrima Antigua, <http://www.esgrimaantigua.com/forum/viewtopic.php?f=18&t=818>. [Consultado el 13/05/2014]
- ◆ SANCHO DE SAN ROMÁN, Rafael (1981): "El Hospital del

Nuncio de Toledo en la historia de la asistencia psiquiátrica", ed. IPIET, Toledo.

◆ SANTOS VAQUERO, Ángel (2012): *La industria textil lanera en Toledo y su Provincia*, ed. Diputación Provincial de Toledo, Toledo.

◆ VALLE NIETO, Ángel: "Un boticario toledano en el Quijote", Colegio Oficial de Farmacia de Ciudad Real, Jornada "La farmacia en tiempos del Quijote", Ciudad Real, 13 de diciembre de 2005.

EFEMÉRIDES CERVANTINAS EN TOLEDO EN 1905, CONMEMORACIÓN DE LA PUBLICACIÓN DE LA PRIMERA PARTE DEL QUIJOTE

JOSÉ MARÍA SAN ROMÁN CUTANDA, NUMERARIO DEL ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO DE TOLEDO

RESUMEN: El tercer centenario de la publicación de la primera parte de la conocida obra de Cervantes *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, como se demostrará en el presente estudio, fue una efeméride que no pasó desapercibida en España. Más en concreto, la Toledo de 1905, ciudad marcadamente cervantina cuya Alcaldía ostentaba por entonces don José Benegas y Camacho, se vistió de gala para celebrar tan señalado acontecimiento y poder así loar al escritor que ha llevado a España al candelero internacional con su celeberrima obra. Una obra que, como es sabido, comparte con la Biblia un catálogo de astronómicas cifras que, per se, la configuran como uno de nuestros clásicos principales: es el libro más impreso del mundo, es el que se ha editado en más idiomas y es el que en más países se ha vendido. **Palabras clave:** Centenario, Cervantes, Toledo, Efemérides, 1905.

RÉSUMÉ: Le troisième centenaire de la publication de la première partie de *Don Quijote de la Mancha* fut une éphéméride très importante à Espagne. Concrètement, Toledo rendit hommage à Cervantes et à Don Quijote avec beaucoup de festivités, spectacles et récitals culturels. Ce texte veut informer sur ces événements, sponsorisés par le maire de Toledo, José Benegas y Camacho, et l'archevêque Ciriaco María Sancha y Hervás. **Mots Clefs:** Centenaire, Cervantes, Toledo, Éphémérides, 1905.

1. LA IDEA DE CELEBRAR EL ANIVERSARIO DE UNA OBRA

En España, nunca hasta entonces se había celebrado el nacimiento de un libro, al menos de forma común y continuada o como tradición consuetudinaria. Normalmente, lo que nuestra cultura nos inspira a celebrar son los nacimientos y muertes de las personas relevantes en los diversos campos en que cada cual destacó. Pero, por contra de lo general, en 1905 se celebró

el aniversario de la obra, si bien se habló y loó, como no podría ser de otra manera, al 'Príncipe de los ingenios españoles'.¹

Una idea ésta muy novedosa y brillante, cuyo autor fue el periodista Mariano de Cavia, uno de los intelectuales señeros de la prensa de la época; el artículo donde se propuso, de excelente retórica, fue publicado en el conocido diario *El Imparcial*, fundado por don Eduardo Gasset y Artime, abuelo del gran filósofo Ortega y Gasset. Ahora bien, hay que tener en cuenta que la idea

1. Eric STORM se plantea, en torno a la cuestión, varias preguntas que fundamenta en la crisis de 1898: "¿Por qué era necesario celebrar el aniversario de la publicación del *Don Quijote*, cuando antes nunca se había hecho? La conmemoración de la muerte de un gran autor o artista era más común, pero festejar el tercer centenario de un libro era una cosa insólita. Y ¿por qué la fiesta tenía que ser la más esplendorosa que jamás se había celebrado? Parece claro que la situación española después del desastre de 1898 lo puede explicar en parte" (*El III Centenario de Don Quijote en 1905 y el nacionalismo español*. En *Hispania*. Revista Española de Historia, 63 (2), pp. 625,653).